

ESCRITORES LEONESES: EL ÉXITO DE NUNCA ACABAR

Ana Sabina Ordás

LUIS Alonso Luengo, el más veterano de los escritores leoneses, aunque no haya salido estos días en los papeles, suele decir con tanta sorna como exageración que «en algo se nos tienen que notar los mil años de Corte». Es una explicación como otra cualquiera para justificar lo que parece repentina irrupción de un cierto número de literatos nacidos en la provincia de León y su, al, parecer, inexplicable ascensión a la gloria, siempre tan efímera, de las letras españolas. Pues no se trata de algo súbito y repentino y -según protestan algunos de ellos- si nadie se sorprende de que en Madrid, en Barcelona o en cualquier otra parte existan buenos escritores, ¿por qué admirarse de que unos cuantos hayan nacido en León?

Juan Pedro Aparicio, que además de leonés se ha manifestado como leonesista en su libro «El ensayo sobre las pugnas, heridas, capturas, expolias y desolaciones del Viejo Reino», sí cree que haya algunas razones profundas:

-Es difícil encontrar en el mundo una ciudad tan modesta y olvidada que posea un panteón de reyes propios y una catedral como la leonesa. Eso tiene que marcar sin dudas a sus habitantes. Pero también hay que tener en cuenta un hecho sociológico: de seiscientos mil individuos nacidos en León, doscientos mil viven fuera. Una tercera parte. Y se trata casi siempre de una emigración cualificada, personas que salieron a estudiar, porque allí no había universidad, y ya no regresaron. Por eso encontrarás en cualquier parte médicos, ingenieros, catedráticos... y escritores leoneses.

-La prensa tiende mucho a simplificar las cosas, como si los escritores de León tuviéramos en casa un comité de apoyo, como si en nuestra patria chica regalaran jamones. Y por eso a nadie le entra en la cabeza que de pronto seamos tantos. ¿Hay alguna razón para que sólo nazcan literatos en Madrid o en Barcelona?, se pregunta Merino.

Tradición literaria propia

José María Merino, que fue premio de la Crítica en 1986 con «La orilla oscura», intenta, sin embargo, buscar algunos antecedentes. No sólo León puede ser un estereotipo de ciudad como lo fuera Florencia para Pratolini o Ferrara para Bassani, sino que tiene una tradición literaria propia y de cierta envergadura. Especialmente

desde la República; con figuras como Gumersindo de Azcárate, Eugenio de Nora, Victoriano Crémer y Gullón y Panero en Astorga, las revistas literarias («Espadaña y Claraboya» fueron las últimas), el magisterio de don Antonio Pérez de Lama en los años cincuenta, que empujó hacia la literatura a muchos de estos escritores y, en fin, la propia existencia de los más viejos de ellos, en un estrecho marco provincial, que impulsaba a escribir a los más jóvenes.

Claro que no todos comparten esta teoría o la consideran sólo aplicable a los tres escritores que forman una especie de troika de moda: Merino, Aparicio y Díez. Luis Mateo Díez ha obtenido los premios Nacional y de la Crítica en 1987 con «La fuente de la edad», novela de la que se prepara una película. Juan Pedro Aparicio acaba de ganar el Nadal con «Retratos de ambigú». Y en una relación moderna de galardones importantes a leoneses, habría que añadir al Nacional del 88 al poeta Antonio Gamoneda y el Hucha de Oro de cuento y el de Novela Deportiva del mismo año a Jesús Torbado, para no alargar las citas.

-Yo es que soy de pueblo y de mi pueblo (Vegamián, ya desaparecido) me echaron a los cuatro años, para construir un pantano -dice Julio Llamazares, el autor de «Luna de lobos» y «La lluvia amarilla». Me siento más próximo a un escritor nacido en una aldea de Granada, por ejemplo, que a otro de cualquier ciudad, aunque sea de León. No todos los leoneses somos de la capital... Pero algunas personas de la capital se han tomado tan a pecho este asunto que algunos piensan que hay que pagar alquiler por hablar de León y por haber nacido allí...

Llamazares no quiere saber nada de leonesismo cultural, aunque le hagan figurar en todos los censos literarios. Hasta el punto de que se opone a que le hagan fotografías para reportajes que pretendan agrupar a los escritores nacidos en la provincia. Se considera un emigrante y hasta le gustaría nacionalizarse sueco. Asegura que no tiene ninguna afinidad ideológica o generacional con los tres que parecen haberse constituido líderes de grupo.

Llamazares escribe una literatura sobre el mundo rural y las dos novelas publicadas hasta ahora le han dado un gran prestigio. Se realizó una película basada en la primera y la segunda le ha proporcionado el premio de los librerías y el premio Ardilla, de Burdeos, al mejor libro español traducido el pasado año. Además de grandes elogios de la crítica y seguimiento de lectores.

-Yo creo poco en los rasgos comunes, en escuelas o grupos generacionales -dice Antonio Pereira, uno de los más veteranos en edad y en actividad literaria, autor del reciente «El síndrome de Estocolmo». Cuando escribo, no lo hago desde

León ni para León. Ahora bien, encuentro justo que el nombre de nuestra tierra se asocie a la literatura que hacemos los leoneses. Como soy del Noroeste, berciano, quizá en lo literario me siento más cerca de Prisciliano, de Cunqueiro... Pero soy de los que creo en una literatura leonesa, en una cultura leonesa.

Fuera de la tierra

Elena Santiago, la única mujer destacada -junto con Josefina Rodríguez Aldecoa de la literatura leonesa, autora de libros de poemas, dos volúmenes de cuentos y siete novelas (la última, «Veva», está mereciendo grandes elogios de crítica), tiene ya muchos premios en su morral: Felipe Trigo, Ciudad de Barbastro, Novelas y Cuentos, Ciudad de Irún, finalista en el Ateneo de Sevilla... También es de pueblo (Veguellina de Órbigo) y se siente poco identificada con las opiniones de Merino y Aparicio.

-En realidad, yo siempre me he sentido muy marginada de León; yo no existo. A mí nadie me ha regalado nada, ni el hecho de ser leonesa ha significado algo en mi literatura. Vivo en Valladolid, bastante aislada, trabajando mucho en mis libros y no me afecta para nada todo este jaleo ni nadie me relaciona o me considera dentro de grupo alguno. Así que no me hagas hablar, no despiertes en mí la fiera que duerme -añade riendo.

En una fecha tan lejana como 1961, Jesús Torbado ganó el premio provincial de cuentos y Luis Mateo Díez quedaba finalista. Tenían entonces 18 y 19 años, respectivamente.

-Yo venía de San Pedro de las Dueñas, un pueblo con cien vecinos mal contados, en el que pasé mi infancia. Ni siquiera tenía un traje que ponerme -recuerda Torbado-, porque en el campo no se usa corbata. En realidad, sólo pasé en la provincia de León mis primeros once años de vida. También tuve que emigrar, y de niño, para hacer mis estudios. De manera que no puedo compartir toda esa mitología urbana. A la ciudad sólo tengo que agradecerle que me diera albergue en el segundo piso de la calle Zapaterías, número 17, en que nació. Posteriormente, no me han hecho puñetero caso, lo cual no me ha inquietado nunca. Por otro lado, en todo este negocio habría que tomar en cuenta el costado sociológico. Hay escritores leoneses de familias urbanas relevantes, hijos de profesionales o altos funcionarios, e inevitablemente aparece una tendencia a considerarlos como de los nuestros, sobre todo en un ambiente tan cerrado como el León de las clases dominantes. Los demás de origen campesino, siempre somos allí de segunda categoría. Por eso no me sorprende que se me considere leonés sólo cuando tienen que solicitarme algo.

Torbado no estudió en León. Aunque algo más joven que los llamados «jóvenes escritores leoneses», pero de su misma generación (entre los cuarenta y los cincuenta años), el éxito de su primer libro, «Las corrupciones», cuando sólo tenía veintidós años, lo convirtió muy pronto en una figura nacional, al margen de su lugar de nacimiento. Vendrían luego hasta una veintena de libros y premios como el Planeta, el Mariano de Cavia de periodismo, el Hucha de Oro de Cuento..., y títulos como «Los topos», «En el día de hoy»... Solamente ha escrito sobre León en narrativa breve y parcialmente en los libros de viajes: «Tierra mal bautizada» y «Camino de plata».

En realidad, ninguno de esta docena de novelistas de singular importancia en la literatura en castellano vive en León. Incluso varios de ellos aseguran que sólo van a su tierra «a ver a su madre». El berciano Ramón Carnicer, el mayor del grupo y autor entre otras de la novela «Todas las noches amanece» y de numerosos y excelentes libros de viaje, sobre temas lingüísticos, de cuentos y asuntos diversos, ha pasado gran parte de su vida en Zaragoza y Barcelona. Casi todos los otros están radicados en Madrid.

León también en Madrid

Y en Madrid suele reunirse media docena de ellos, los viernes por la tarde, en la Casa de León. Y no, como bien explican, porque formen un grupo de presión, o porque estén confabulados, o porque persigan fines comunes, o porque quieran crear escuela, sino, sencillamente, porque son amigos. Allí suele aparecer Juan Ignacio Ferreras, que tiene programadas cien novelas y ha publicado ya diecinueve en dos volúmenes. Y el crítico Santos Alonso. Y el poeta José Carlón. Y de vez en cuando el más joven José Luis Prieto, con una novela publicada y poco conocida hasta ahora. Y Merino, Díez y Aparicio, que se sienten más vinculados entre sí por una amistad anudada en los años del bachillerato.

-Ahora todos se sorprenden y hasta se escandalizan, como si fuéramos el patito feo de la historia -dice Merino-. No hay nada detrás de nosotros ni nadie nos apoya, ni siquiera las instituciones leonesas.

-Lo único que hemos demostrado es buena educación -añade Aparicio.

Allí publican una excelente revista titulada «León» y una hermosa colección de libros bajo el título de «Breviarios de la calle del Pez», todos relacionados con León. En esa colección apareció, en 1986, el volumen antológico «Figuraciones», que

recogía cuentos de veinte escritores leoneses. Aparte los mencionados (y salvo Llamazares), figuran nombres como Severiano Fernández Nicolás, los de los poetas Agustín Delgado, Antonio Colinas, Gamoneda y Antonio Llamas, el del dramaturgo Fermín Cabal, el del cantante Ricardo Cantalapiedra, los de Loureiro y Jesús Fernández Santos, fallecido recientemente...

Aupados por una fama repentina y sorprendente, tratándose de escritores «provinciales», autores de novelas muy considerables y apreciadas, cada uno de ellos asegura dedicarse preferentemente a su propia obra, sea o no León protagonista de la misma. Más o menos unido a los otros, más o menos afín a una literatura que es en sí misma diversa y personal. Si algunos se sienten todavía vinculados a su lugar de origen, y de él sacan la memoria para sus libros, otros llegan incluso a decir que en León sólo han intentado cortar sus alas. En todo caso, son muchos e importantes. Y están ahí.

Gullón, el último «Príncipe»

La literatura leonesa contemporánea no acaba ni termina con el éxito de los novelistas nacidos en esa provincia. Ni siquiera con los numerosos poetas multipremiados y reconocidos (Crémer, Colinas, Gamoneda, Delgado, Llamas, Carlón...). El pasado 14 de abril se concedió el premio «Príncipe de Asturias» de las Letras a un crítico literario leonés, maestro indiscutible en esta especialidad y primer ganador en la misma de un premio dedicado hasta ahora a creadores. Claro que Ricardo Gullón, astorgano de 81 años, es también un poderoso creador literario. Unos 30 libros y casi un millar de ensayos, particularmente en tomo a la segunda edad de oro de las letras castellanas (1893-1936): Galdós, J. R. Jiménez, Guillén, etc., revelan el esfuerzo y la maestría de este hombre, que todavía hoy confiesa leer un libro cada día.

Gullón, amigo de Panero y miembro de la escuela de Astorga, ha pasado gran parte de su vida enseñando en universidades americanas y es reconocido internacionalmente como uno de los mejores críticos y especialistas en literatura castellana. Y no ha limitado sus saberes a autores fallecidos: Ricardo Gullón ha apoyado recientemente la labor de los poetas y novelistas de su tierra.

En fin, y sin ánimo de agotar esta rica nómina, también se otorgó el mes pasado el premio Nacional de la Crítica. El jurado estaba presidido por otro gran animador cultural y crítico de reconocido prestigio: Dámaso Santos, leonés también.